



Cuando una
mujer
supera
las heridas de
la vida

Libros de Cindi McMenamin publicados por Portavoz

Cuando Dios ve tus lágrimas

Cuando una mujer está desesperada

Cuando una mujer se siente sola

Cuando una mujer supera las heridas de la vida

Cuando una
mujer
supera
las heridas de
la vida

CINDI MCMENAMIN



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Título del original: *When a Woman Overcomes Life's Hurts*, © 2012 por Cindi McMenamín y publicado por Harvest House Publishers, Eugene, Oregon 97402. Traducido con permiso.

Edición en castellano: *Cuando una mujer supera las heridas de la vida*, © 2017 por Editorial Portavoz, filial de Kregel, Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Todos los derechos reservados.

Traducción: Rosa Pugliese

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de la American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la Santa Biblia, Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “TLA” ha sido tomado de la Traducción en Lenguaje Actual © 2000 por Sociedades Bíblicas Unidas. Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “MSG” es una traducción al español del texto de The Message. Copyright © por Eugene H. Peterson 1993, 1994, 1995, 1996, 2000, 2001, 2002. Usado con permiso de NavPress Publishing Group.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis de la autora.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5722-7 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6602-1 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-8758-3 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 26 25 24 23 22 21 20 19 18 17

*Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America*

A las preciosas mujeres que han dado a conocer su dolor en las páginas de este libro. Ustedes, mis amigas, son ejemplos vivos de la sanidad y la plenitud que solo Dios puede ofrecer.

Y a cada mujer que lea este libro para superar las heridas de la vida. Es mi oración que puedan encontrarse cara a cara con el dulce Sanador, que quiere transformar el sufrimiento de sus vidas en algo absolutamente precioso.

RECONOCIMIENTOS

Mi más sincero agradecimiento a...

- mi esposo Hugh y a mi hija Dana, por su amor incondicional por mí.
- mi hermano Dan, por su capacidad de ver más allá de mis heridas y enfocarse en la obra transformadora que Dios sigue haciendo en mí.
- mis amigas y compañeras de oración, que me alentaron a escribir otro libro más: Chris Castellero, Cyndi Evans, Theresa Fusco, Sue Laird, Cyndie Lester, Allison Martin, Lisa Pacheco, Debbie Patrick, Mary Purviance, Terri Smalls, Ashley Tarr y Barbara Willett.
- mi editor Steve Miller y el comité editorial de Harvest House Publishers, por creer en la necesidad de este libro.

Y, por encima de todo, doy gracias a mi Señor y Salvador Jesucristo, que dio su vida para sanarnos y restaurarnos, a ti y a mí.

Contenido

Supera tus heridas 9

Parte I: Destapemos las heridas

1. Esto no era lo que esperaba
Debes saber que tu dolor tiene una razón de ser. 17
2. ¿Por qué tuve que sufrir tanto?
Renueva tu concepto de Dios 39
3. ¿Dónde estaba Dios?
Rechaza la mentira de que Él no se preocupó por ti 55

Parte II: Desenmascaremos las mentiras

4. Nunca estaré completamente sana
Recapacita en el poder sanador de la cruz 75
5. Así soy yo
Recibe una nueva identidad. 93
6. Tengo derecho a ser feliz
Recapacita en lo que significa rendirte. 115
7. Nunca me amarán de verdad
Distingue el amor real del amor distorsionado. 133

Parte III: Descubramos un nuevo corazón

8. ¡Al fin puedo ser libre!
Sé libre a través del perdón. 149
 9. Puedo volver a tener gozo
Alegra tu alma a través de la alabanza 165
 10. Puedo ser de bendición
Invierte en la vida de otros. 181
- Un reto de despedida: Acepta la vida plena 199
- Diez pasos hacia la sanidad y la plenitud 203

Apéndice A:	
Autoevaluación: ¿Te siguen afectando tus heridas?	207
Apéndice B:	
Pasajes bíblicos de aliento para los corazones heridos . . .	211
Apéndice C:	
Sugerencias para planificar y liderar un pequeño grupo de estudio	221



Supera tus heridas

¿No sería maravilloso poder decir: “¡Mi vida es *exactamente* como la soñé!”?

Creo que si pudieras decirlo, estarías en el cielo... literalmente hablando.

Pero quizás, en cambio, sientas que tu vida ha sido un infierno.

Tal vez hayas sufrido —o estés sufriendo— una niñez dolorosa, una relación rota, un amargo divorcio, la pérdida de alguien que amabas, un sueño truncado, el diagnóstico de una enfermedad o la profunda decepción que viene cuando la vida toma un giro inesperado, que no querías ni esperabas.

Los golpes de la vida abundan. Y a veces se acumulan, uno sobre otro, y nos preguntamos: *¿Qué pasa? ¿Qué hice para merecer esto?* A veces cuestionamos a Dios: “¿Dónde estás tú, Dios? ¿Acaso no te importa lo que estoy pasando? ¿Por qué tengo que sufrir así?”. Sea cual fuere la situación particular que te provoca dolor, si te estás preguntando “por qué”, no eres la única.

Desde que tiene uso de razón, Cyndi ha visto la muerte a su alrededor. Muerte trágica. Muerte inesperada. Muerte que nadie se explicaba. Muerte de la que nadie quería hablar ni reconocer. Hubo un tiempo cuando empezó a preguntarse por qué su vida estaba llena de tanto dolor y lágrimas.

Sandra piensa en su niñez y no encuentra a nadie —*a nadie*— que la quisiera o amara. Su madre, quien trató de quitarle la vida cuando Sandra tenía solo un año de edad, terminó internada en un hospital psiquiátrico. Desde entonces, su padre quedó resentido y abusó de

ella física y sexualmente hasta su adolescencia. Después, Sandra se casó y le diagnosticaron un cáncer agresivo poco antes que su matrimonio se desintegrara. Ella recuerda que había días que oraba para morir y poder escapar de su dolor físico, emocional y espiritual; pero creía que Dios no le permitía morir, porque no era suficientemente buena para ir al cielo.

Dina creció con una madre crítica y un padre emocionalmente distante de ella, hasta que un día se enteró de que eran sus padres adoptivos y que su *verdadera* historia era un secreto. Durante años sintió que tenía un pasado vergonzoso del que nadie estaba dispuesto a hablar y que no la querían ni la amaban. Finalmente, sintió amor por primera vez y se casó... hasta que descubrió que su esposo la había estado engañando con su mejor amiga durante mucho tiempo. Había veces que se sentía como un alma en pena, insensible a cualquier cosa o persona que la rodeaba.

Y Christina creció en un ambiente que le enseñó a transgredir la ley, ya que, a muy temprana edad, aprendió a vender drogas para ganar dinero y alimentar la adicción de su madre drogadicta. Apenas era una preadolescente, cuando buscaba comida en los contenedores de basura para poder alimentar a sus cuatro hermanos menores, y se preguntaba si alguna vez tendría una vida “normal”: una de la que al menos pudiera hablar con los demás.

Tengo muchas historias más para contar. Y todas estas mujeres te dirían hoy que las heridas que padecieron tenían una *razón* de ser. Cualquiera que conozca a estas mujeres, también te diría que son algunas de las mujeres más admirables que ha conocido. Su dolor las condujo a su propósito. Su quebrantamiento las hizo más bellas. Su sufrimiento las hizo más fuertes. Y ya han dejado de preguntarse el “por qué”. Asombrosamente, ya no se consideran mujeres heridas.

Al escribir este libro, no busqué a mujeres que fueran gigantes espirituales y de gran influencia en el mundo, y luego les pedí que me hablaran de las heridas de su pasado. Busqué a mujeres heridas cuyas experiencias fueran de lo peor. Quería escuchar historias de mujeres que habían sufrido y que, de alguna manera, superaron los golpes de la vida. Y lo que descubrí al hablar con muchas de ellas fue que —desde su perspectiva— su decepción, su pérdida y su dolor no eran tan importantes como su liberación. No estaban concentradas en

su frustración, sino en su futuro; tampoco lo estaban en sus heridas, sino en ayudar a otros.

Estas mujeres habían padecido, pero ahora lo más importante en sus vidas era el plan y el propósito de Dios. Son ejemplos de cómo Él puede tomar a mujeres deshechas como tú y yo y convertirlas en mujeres bellas con pasión por la vida. Por lo tanto, este libro no solo se ocupa de las heridas y el sufrimiento, sino también del aliento y la inspiración para dejar atrás las heridas y los golpes de la vida y entrar en una dimensión de esperanza y propósito. Te muestra cómo puedes superar las heridas de la vida y experimentar la sanidad y la restauración de Dios, y cómo puedes ofrecer esa misma sanidad y plenitud a otros.

Te contaré la historia de cada una de estas mujeres —y de muchas otras— para que puedas conocer a mujeres que han experimentado el dolor, pero siguen de pie, más fuertes que antes y con una pasión y propósito que jamás conocieron. Han superado los golpes de la vida, algunos de los cuales tú también puedes haber sufrido.

Dios tiene sanidad y plenitud para ti también, sea cual fuere el origen de tu sufrimiento. Ya sea que hayas sido víctima de maltrato, hayas experimentado la humillación del engaño o abandono, te hayan roto el corazón o tus heridas sean causa de tus propias acciones reprochables, hay una fuente de sanidad que fluye para aquellas que están dispuestas a recibirla. Dios te ofrece sanidad y puede sacar un propósito de tu dolor.

El dolor es parte de la vida

Para comenzar, querida amiga, permíteme recordarte que el dolor es parte de la vida. A veces me he llegado a preguntar si acaso no es *más* prevalente en la vida de la mujer. Tal vez sea porque las mujeres tendemos a hablar más del dolor, abrir nuestro corazón y mostrar nuestros sentimientos. Posiblemente, necesitemos examinar nuestro dolor, analizar los motivos que esconde, tratar de comprenderlo, aprender del mismo y, finalmente, buscar su *razón*. Quizás sea por tener expectativas demasiado altas de los demás y nos desencantamos cuando nuestros sueños, especialmente en el ámbito del amor, se truncan.

Desde la profunda angustia por el abandono, el rechazo o la pérdida del amor, hasta el aguijón de la ofensa de una persona que considerábamos amiga, sentimos el dolor de la vida, el amor y la pérdida, a veces, a diario. Pero ¡qué bueno es poder sobreponernos a ese dolor

que nos ha marcado y seguir adelante más fuertes, más seguras y de mayor bendición para quienes nos rodean! Poder decir: “Confío en que el Amante de mi alma tenía un propósito y un plan en todo lo que he experimentado. Ahora puedo mirar atrás y ver su mano de amor sobre mi vida en todo momento y puedo decir que me ha sanado”.

Hace veinticinco años que hablo con mujeres heridas y escucho el sollozo de un sinfín de corazones rotos, que se hacen preguntas sin respuesta —y yo misma he experimentado algunas de las situaciones angustiantes que ellas han mencionado— y puedo decirte que *hay* una respuesta. *Hay* sanidad. Y *hay* una manera de salir del túnel oscuro y volver a ver la luz.

Solo en el último año, he tenido el privilegio de escuchar personalmente algunas historias increíbles de mujeres que han hallado su propósito a través del dolor, su vocación a través de la desdicha, su sueño a través de la dificultad. He visto surgir belleza —no amargura— donde una vez solo había temor y resentimiento. He visto mujeres salir de la peor de las experiencias, con su frente en alto, y proclamar: “Ya no estoy herida”. ¡No solo como un hecho, sino como un lema en la vida!

¿Tú también quieres proclamarlo? Puedes... si estás dispuesta a acompañarme en este proceso y permitir que Dios te sane desde lo profundo de tu corazón.

Debo admitir que, inicialmente, no quería escribir este libro, porque no quería atravesar el proceso que se requería. ¿Quién quiere volver a abrir sus heridas y recordar ofensas del pasado para entregárselas a Dios y decir: “Sé que tú sabes todo lo que pasé y además lo permitiste, así que haz lo que quieras en y a través de mí”? ¿Quién quiere ver asuntos sin resolver todavía escondidos en rincones de su corazón y encontrar inseguridades causadas por heridas de su niñez, no entregadas por completo a Dios? ¡Yo no!

No, preferiría concentrarme en otras mujeres y en su proceso de sanidad de las heridas y dejar mi propia vida en paz. Pero Dios no trabaja de esa manera; al menos, no en mí. Él quiere que primero aprenda la lección, para poder compadecerme de mis amigas mientras escribo este libro y vivir lo que escribo. Él quiere que pruebe los principios y vea si son verdad, que ponga en práctica los consejos que estoy dando y que me asegure de que funcionan en mi propia vida también. Y en cuanto a este libro, Él quería que atravesara este proceso —y tratara

algunas de las heridas que todavía me duelen, pero que no quería admitir— para que pudiera entregarle el dolor que me sigue afectando y entrar en una dimensión de esperanza y sanidad y un propósito más definido que antes. Él quería eso para mí... para que yo pudiera, a su vez, tomar *tu* mano y caminar a tu lado a lo largo de este proceso.

Por lo tanto, querida lectora, me embarco en este proceso *contigo*: el proceso de examinar las heridas comunes que experimentan las mujeres y ver cómo sobreponernos a las heridas para seguir adelante hacia un futuro mejor.

Comenzaremos por *destapar las heridas* que aún hoy te podrían seguir afectando; heridas como cuando te enamoras y luego esa persona te abandona o te engaña. Heridas como el aguijón del rechazo, el dolor de la traición o la desilusión de los sueños que se truncan.

Una vez que hayamos destapado las heridas, procederemos a *desenmascarar las mentiras*, que tal vez has creído en todos estos años, como...

- No le importo a nadie.
- Soy indeseable y nadie me querrá jamás.
- Estoy decepcionada por las decisiones que he tomado.
- Soy incapaz; nunca lograré nada.
- Me equivoqué demasiado para que Dios me use alguna vez.

Una vez que hayamos confrontado esas mentiras con la verdad, *descubriremos un corazón nuevo*, centrado en Aquel que fue herido por nosotras y en la vida que Él nos ofrece a causa de sus cicatrices para que podamos hacer lo mismo: ofrecer vida y esperanza a otros a causa de las heridas que hemos sufrido. Finalmente, echaremos mano de la restauración que Dios está esperando hacer en tu vida, para que lo que una vez fue un amargo dolor pueda redundar en un dulce propósito.

Este libro no contiene psicología, sino lo que yo denomino la “terapia de la teología”: el empleo de un correcto entendimiento de quién es Dios, para permitir que esa verdad penetre en nuestro dolor y nuestras experiencias del pasado y nos libere de la atadura que nos ha estado limitando. Sé que funciona. Lo he visto funcionar en un sinnúmero de mujeres. Lo he experimentado en carne propia. Y sé que tú también lo puedes experimentar.

Así que, si estás lista, yo también. Emprendamos juntas esta travesía para ver cómo puedes salir del pozo y ser sana de tus heridas, a fin de llegar a ser una mujer que, con la cabeza en alto, proclame con sinceridad y absoluta confianza: “Ya no estoy herida”.

Estoy *más que lista* para proclamarlo. ¿Y tú?



PARTE I

Destapemos las heridas

*Él sana a los quebrantados de corazón,
y venda sus heridas.*

SALMOS 147:3





Esto no era lo que esperaba

Debes saber que tu dolor tiene una razón de ser

Isabel nunca imaginó que su vida sería así.

A los cuarenta años, sigue viviendo sola, sin el esposo y los hijos con quienes había imaginado compartir la vida a estas alturas. Pero su vida está llena y desborda de bendiciones, porque permitió que Dios cumpliera *sus* planes y propósitos para su vida. Isabel *puede* imaginar lo diferente —terrible— que sería su vida hoy si Dios no hubiera intervenido y la hubiera ayudado a superar la realidad que le ha tocado vivir.

Levantaré el telón de la vida de Isabel, para que tengas una vislumbre de lo que *tu* Creador podría haber tenido en mente cuando permitió que sufrieras. Te mostraré la primera historia de muchas, donde no se trata del dolor, sino de un propósito y un plan divino superior.

Isabel es la hija de dos inmigrantes mejicanos, que se trasladaron a Pasadena (California), cuando ella tenía seis años. Debido a que sus primeros meses en los Estados Unidos fueron muy difíciles, regresaron a Méjico. Un año más tarde, trataron de migrar nuevamente a los Estados Unidos bajo condiciones realmente adversas; como, por ejemplo, tener que dormir bajo un puente dentro de un automóvil o en un estacionamiento de casas rodantes o con toda su familia en un pequeño cuarto de la casa de un pariente.

Durante los primeros cuatro años, después de llegar a los Estados Unidos, Isabel vivió en distintos lugares de la zona de Los Ángeles. “Asistí a cuatro escuelas diferentes desde los siete hasta los once años de edad. Nuestra experiencia familiar fue la típica de todo inmigrante.

Mis padres estaban todo el día fuera de casa debido al trabajo, y yo tenía que cuidar a mis dos hermanos menores. A menudo nos quedábamos todo el día en casa solos. Nuestros padres no eran muy buenos administradores del dinero, de modo que a veces teníamos lo necesario para vivir y otras veces nos desalojaban porque no podíamos pagar el alquiler. Estuvimos viviendo dos años en un pequeño cuarto en la casa de mi tío. Mis padres, mi hermana, mi hermano y yo, todos en el mismo dormitorio”.

Durante ese tiempo, que Isabel se quedaba sola para cuidar a sus hermanos, primos y abuelos, uno de los primos mayores abusó sexualmente de ella en dos ocasiones.

“Cuando, finalmente, tuve el coraje para contárselo a mis padres, lo único que conseguí fue que mis tíos y primos mayores le dieran una paliza y lo ‘mandaran’ de vuelta a Méjico. No hubo ninguna sesión de terapia ni consejería para mí. Debía olvidarlo todo, y eso hice... por un tiempo”.

Isabel creció en condiciones extremadamente inestables. Pero también aprendió a sobreponerse y encontrar gozo en la música, las películas, la risa y la relación estrecha que tenía con su hermana y su hermano, un vínculo que continúa hasta hoy.

“A temprana edad empecé a sentir que nunca tendría una vida común y corriente, sino que estaba destinada a algo más grande que mis circunstancias. Siendo niña, no sabía qué significaba eso o de qué se trataba. Solo lo sentía. En retrospectiva, sé que era la mano de Jesús sobre mi vida”.

“Cuando estaba en octavo grado, la familia descubrió que mi padre estaba teniendo una aventura amorosa con la mujer de su hermano, una tía a la que habíamos llegado a amar y considerar como una segunda madre. Mi mamá estaba embarazada de mi hermanito en ese momento. Tras meses de amenazas de separación de mis padres, un día mi papá vino a hablarme mientras me estaba preparando para ir a la escuela y me pidió que le dijera a mi madre que lo volviera a recibir. Me explicó que ella solo me escuchaba a mí, y que debía hacerlo por la familia”.

“Nunca le pedí a mi madre que lo volviera a recibir, pero terminaron juntos otra vez. Nunca tuve mucha relación con mi padre. En realidad, nunca vi a mis padres como ‘padres’. Era feliz de ver a mi hermana tener la relación padre-hija que yo no tenía, pero la verdad es

que nunca la quise tener. Supongo que era un mecanismo de defensa para no salir lastimada”.

La vida de Isabel en el hogar se volvió insoportable... entonces Dios intervino de manera drástica.

Llegó la esperanza

“Pocas personas tienen la oportunidad de ver el momento exacto cuando Dios interviene y cambia sus vidas para siempre —dijo Isabel—. Yo tuve esa oportunidad en la escuela secundaria”.

Un día, cuando Isabel fue a buscar a sus hermanos a la escuela primaria, provocaron cierto “incidente”, que fue informado a la vicedirectora y consejera de la escuela secundaria de Isabel, la Srta. Pérez.

La Srta. Pérez le recomendó que empezara a quedarse después de clase para realizar servicios voluntarios en la oficina de la escuela, como una forma de “compensación” por el incidente que había causado.

“La Srta. Pérez había visto pasar a muchos niños en su vida, pero poco sabía en ese momento que Dios tenía otros planes para ella... y para mí”, dijo Isabel.

“Después que se terminó el período de servicio voluntario en la oficina de la escuela secundaria, seguí quedándome por mi cuenta para colaborar, tan solo porque la Srta. Pérez me encomendaba trabajo. Además, ella me escuchaba cuando le contaba los problemas que tenía en mi casa y se preocupaba de que me fuera bien en la escuela. Por lo tanto, seguí yendo a colaborar por las tardes incluso después de pasar a noveno grado. Me sentía valorada y segura allí. Sin saberlo, la Srta. Pérez se reunía con los maestros para preguntarles cómo me iba en la escuela”.

“Cuando estaba en noveno grado, vi una película donde un hombre violaba a una niña y, en ese momento, se despertaron en mí todos los recuerdos reprimidos del abuso sexual que había sufrido. Durante años había reprimido esa experiencia y, de repente, estaba allí, frente a mí. Me costó mucho superarla. Entre los problemas en mi hogar, los recuerdos reprimidos que debía encarar y el esfuerzo por tener un buen desempeño escolar, sentía que me estaba volviendo *loca*”.

“En décimo grado, las cosas estaban tan mal en casa que decidí escaparme. Fui a ver a la Srta. Pérez para agradecerle por toda su ayuda y luego me fui. No tenía un plan. Solo me subí a un autobús y estuve

viajando toda la tarde y toda la noche. Durante todo ese tiempo, pensaba: *Yo nací para otra cosa... esta no puede ser mi vida*. Así que me bajé del autobús y regresé a casa. Finalmente, hablé con mi familia y con la Srta. Pérez sobre mis recuerdos reprimidos y toda la tensión nerviosa que vivía en mi hogar, pero mis padres negaron que sucediera algo y volvieron a hacer como si nada hubiera pasado. La Srta. Pérez trató de aconsejar a mi familia, pero mis padres eran muy orgullosos y no la escucharon ni admitieron que hubiera un problema”.

“Más adelante, me volví a escapar; solo que esta vez me fui a la casa de la Srta. Pérez. Desde aquella noche, nunca volví a mi casa. Finalmente, me convertí en la hija legalmente adoptada de la Srta. Pérez. Le he agradecido muchas veces por permitir que Dios la usara para socorrerme, pero siempre me responde: ‘He conocido muchos niños en todos estos años, pero tú estabas destinada a ser *mi socorro*’”.

“Desde ese momento, supe que *debía haber algo más que eso* en mi vida. Estaba destinada a ser una hija de Dios. Y, el 28 de octubre de 1990, la seguridad de que había algo más en la vida que solo dolor o decepción, se hizo realidad y me llenó de esperanza y entusiasmo cuando le entregué mi vida a Jesucristo y pasé a formar parte de la familia de Dios. Es interesante ver que siempre había sentido la presencia de Dios. Pero no sabía qué significaba entregarle mi vida y convertirme en su hija”.

Otra experiencia dolorosa

Cuando Isabel le entregó su vida a Cristo, su aflicción no desapareció inmediatamente.

“Quisiera decir que después de eso todo fue dicha, pero no fue así. Pasé años de mucha tristeza, durante los cuales me separaron de mis hermanos y sentía como si hubiera traicionado a mis padres. Aunque ellos eran parte de la razón de haberme ido de mi casa, me sentía indigna del amor y el cariño de mi mamá”.

“Después de muchos años en el proceso de sanidad, me di cuenta de que todo lo que me había pasado era por el propósito de Dios, y quería hacer algo por aquellos que habían vivido experiencias similares. De modo que hice a un lado mis aspiraciones de ser una actriz y me convertí en una maestra, una consejera para el ministerio de escuela

secundaria de mi iglesia y una mentora en un programa municipal para escuelas secundarias”.

En el transcurso de todo eso, Isabel se enamoró por primera vez. Conoció a un joven en un restaurante donde trabajaba cada verano. Aunque él vivía fuera de la ciudad, cuando Isabel volvió a su casa, le dijo a la Srta. Pérez (quien en ese momento era su madre) que, aunque creía que no lo volvería a ver, había conocido al “hombre de su vida”. Ambas se rieron.

Tres meses más tarde, ese joven fue a una de las reuniones del ministerio juvenil de la iglesia donde Isabel asistía. Se había mudado a la ciudad y había comenzado a asistir a su iglesia.

Estuvieron de novios durante cuatro años en una relación muy inestable. Isabel dijo: “Desde el principio, sentí que algo no estaba bien, pero yo era muy débil para cortar con él. Llena de temor, me arrodillé una noche y oré a Jesús con estas palabras: ‘Si él y yo no somos el uno para el otro, te ruego que *él* corte conmigo’”.

Exactamente una semana después, ese joven cortó con Isabel y le dijo que no sentía por ella el amor que esperaba sentir.

Isabel quedó destrozada, pero después se dio cuenta de que Dios había respondido su oración: “Jesús había preparado mi corazón cuando me llevó a arrodillarme y hacer esa oración en aquel momento”.

Un año después, Isabel volvió a ver al joven y, en ese momento, él admitió que se había ido de la iglesia para vivir un estilo de vida homosexual.

“Me encontré con él una semana después y me contó todo sobre sus luchas y experiencias. Me dijo que quería que siguiéramos siendo amigos y que, aunque no se había enamorado de mí, me había amado más que a ninguna otra mujer. En resumen, me dijo casi todo lo que siempre había querido escuchar. Pero también sabía que no había ninguna posibilidad de tener una relación con él debido a su vida homosexual”.

Después de esa conversación, Isabel se convenció más que nunca de que Dios sabía lo que estaba haciendo cuando, un año antes, había permitido la ruptura de esa relación. Aunque trató de seguir siendo amiga de ese joven, como él le pidió, se le rompía el corazón cada vez que lo escuchaba hablar de su relación con otros hombres. De modo que dejó de verlo.

“Volví a enfrentarme a la falta de confianza, pero esta vez no confiaba en mí misma. ¿Cómo pude estar saliendo con alguien tanto tiempo y no darme cuenta de nada? ¿Puede ser que haya querido algo con tanta fuerza que no pude ver la verdad?”.

“Confiaba en Dios y tenía confianza de que superaría ese dolor; pero, por extraño que parezca, no confiaba en mi capacidad de juzgar el carácter de los hombres. Por mucho tiempo no salí con nadie, y aunque a menudo decía que estaba lista para volver a entregarle mi corazón a un hombre, nunca lo hacía. Durante años tuve miedo de que me volvieran a lastimar”.

Ahora Isabel se da cuenta de que Jesús estaba restaurando en ella un nuevo sentido de su autoestima; un sentido dañado por las relaciones rotas que había experimentado anteriormente.

Había una razón

Hoy, a los cuarenta años, Isabel dice: “Quería estar casada y con hijos... No lo estoy”.

“Quería comprar una casa con mi esposo... Me compré una casa yo sola hace dos años”.

“Quería llegar a casa y que mi esposo me esperara para saber cómo me había ido el día... Llego a casa y me espera mi perro, una cena con amigas o una llamada telefónica a un miembro de mi familia”.

“Quería tener a alguien con quien ir a la playa... Voy sola, con mi Biblia y un buen libro”.

Aunque su vida no es la que Isabel u otros esperaban, ella mantiene la esperanza de que Dios tiene algo más para su vida y que no ha terminado con ella todavía.

“Aunque varias de mis experiencias de vida eran incomprensibles en el momento que sucedieron, Dios siempre me ha enseñado que han sucedido por una razón”, dice ella.

“Parte de esa razón”, afirma ella, “es que sabe quién es ella para el Creador”.

“No soy Isabel, la niña inmigrante; Isabel, la víctima de abuso sexual; Isabel, el producto de una aventura matrimonial; Isabel, quien casi se casa con un homosexual; Isabel, quien tiene que hacer todo sola. ¡Soy —y sigo siendo— Isabel, la mujer que Dios está formando como *Él* desea para su reino!”.

“Creo firmemente que todo lo que me pasó en la vida fue para un propósito divino, y que ese propósito es que Dios pueda usarme”, dice ella.

Isabel admite que a veces se siente sola.

“Quiero más que nunca compartir mi vida con un hombre, encontrar a mi mejor amigo y envejecer junto a él; pero estoy aprendiendo que la soledad es parte de la vida, ya sea de casada o soltera. Estoy aprendiendo que parte de este proceso es prepararme para el siguiente propósito de Dios en mi vida”.

Isabel dijo que no siente la tentación de conformarse con cualquier hombre llegado el momento. “Me merezco más que ‘cualquier hombre’. Recuerdo que, cuando era joven, Dios me dijo que *estaba destinada a más que esto*, y eso incluye mi relación con un hombre. ¿Cómo es posible que Dios me haya ayudado a superar todo lo que viví y no creer que Él tiene lo mejor para mí?”.

“No sé si alguna vez me voy a casar, y el solo hecho de decirlo me asusta porque quiero casarme. Pero nunca hice cosas porque ‘la mayoría lo hace’. Pude haberme casado con uno de los varios hombres con quienes formé pareja. Pude haber tenido un hijo, porque la sociedad dice que ya debería haberlo tenido. Podría haber tenido relaciones sexuales promiscuas, simplemente porque tuve oportunidades de hacerlo. Y podría haber caído en la tentación de deprimirme o desalentarme a veces, porque no tengo ninguna de las cosas que acabo de mencionar. Pero *decido* confiar que Dios todavía tiene un propósito y un plan para mí”.

“Estoy aprendiendo que la vida es más que esperar que llegue el día que tenga aquello que deseo, incluso un esposo e hijos. Es ver la vida y aprovechar al máximo lo que *ya* tengo”.

El propósito

Isabel no es la única mujer que experimentó ciertas cosas en la vida por una razón. Ella no es un caso especial, que Dios escogió porque simpatiza más con ella que contigo o conmigo. Isabel es solo un ejemplo de una mujer que *decide* ver la mano de Dios y sus propósitos para su vida. Ella *decide* creer que todo lo que Él está haciendo en su vida es para bien. Y tú también puedes decidirte a ser una mujer que vea a Dios obrar en *tu* vida

Detente a pensar por un momento conmigo y a ver la obra evidente de la mano providencial de Dios en la vida de Isabel:

Su dolor	El propósito de Dios
Tuvo una niñez dolorosa.	Ahora siente compasión por los niños que sufren.
No tenía a dónde ir y una mentora la alojó.	Ahora es mentora de muchachas que no tienen a dónde ir.
Fue víctima de abuso sexual.	Ahora aconseja a otras víctimas de abuso sexual.
No pudo casarse con el hombre que quería.	Ahora sabe esperar lo mejor de Dios para ella.

¿Puedes ver en la vida de Isabel el plan intrincadamente diseñado de la bondad de un Dios soberano y omnisciente? Lo que podría haber visto como un castigo de Dios, en cambio, lo ve como la provisión de Dios. Lo que podría haber visto como un motivo para amargarse, hoy lo ve como una bendición. Así es cómo encuentras un propósito en tu sufrimiento.

A veces pensamos en las circunstancias dolorosas que vivimos y llegamos a la conclusión de que nuestra vida no tiene control. Sin embargo, ese podría ser el momento preciso cuando Dios *está tomando* el control y disponiendo nuestras circunstancias para bien.

La Biblia dice en Romanos 8:28-29:

Y sabemos que a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados. Porque a los que antes conoció, también los predestinó para que fuesen hechos conformes a la imagen de su Hijo.

Este pasaje dice dos cosas sobre el propósito y el plan de Dios para nuestra vida:

1. Dios puede tomar *todas* las cosas —incluso las dolorosas, las que no imaginábamos o esperábamos— y transformarlas en algo realmente bueno en nuestra vida.
2. La intención de Dios es hacernos más semejantes a su Hijo Jesús, para que podamos pensar, hablar y actuar como Él. Eso significa que Dios quiere usar cualquier cosa que te suceda en la vida —todo aquello que te haya hecho

sufrir— para hacerte más semejante a su Hijo. ¿Estás dispuesta a ser moldeada y formada para ser más semejante a Cristo?

En su amada obra clásica, *En pos de lo supremo*, Oswald Chambers escribió:

A medida que crecemos en la vida cristiana, esta se vuelve más sencilla porque nos sentimos menos inclinados a decir: “Me pregunto por qué permitiría Dios esto o aquello”, e inmediatamente nos damos cuenta de que, detrás de todo, se encuentra su propósito que nos constriñe.¹

En Jeremías 18:1-6 obtenemos una mejor comprensión de qué somos en las manos de nuestro Dios soberano. En este pasaje, Dios le pidió al profeta Jeremías que fuera a ver a un alfarero trabajar en el torno y que aprendiera una lección sobre la autoridad de Dios de formar a sus hijos como Él quiere:

El Señor le dio otro mensaje a Jeremías: “Baja al taller del alfarero y allí te hablaré”. Así que hice lo que me dijo y encontré al alfarero trabajando en el torno; pero la vasija que estaba formando no resultó como él esperaba, así que la aplastó y comenzó de nuevo. Después el SEÑOR me dio este mensaje: “¡Oh, Israel! ¿No puedo hacer contigo lo mismo que hizo el alfarero con el barro? De la misma manera que el barro está en manos del alfarero, así estás en mis manos” (NTV).

Básicamente, Dios está diciendo: “Así como el alfarero tiene autoridad absoluta sobre la forma que le quiere dar a la arcilla, de igual modo el Señor tiene el poder de hacer lo que quiera con sus hijos”.

¿Tiene Dios el derecho de hacer contigo y conmigo lo que le plazca? Sí. ¿Aunque eso signifique interferir en nuestros planes? Absoluta-

1. Oswald Chambers, *En pos de lo supremo*, edición revisada (Barcelona: Editorial Clie, 1993), 5 de agosto.

mente. ¿Aunque eso signifique permitir cierto sufrimiento en nuestra vida, que nos forme y nos haga crecer? Parece que sí. Pero la buena noticia es esta: las obras de Dios son perfectas. Él nunca se equivoca.²

En el relato de la vida de José, que se encuentra en el Antiguo Testamento, encontramos un excelente ejemplo de la manera en que los propósitos de Dios pueden obrar para bien. Si le preguntaras a José cómo le fue en la niñez, podría decirte: “Me crié en una familia terriblemente disfuncional. De hecho, todos mis hermanos me odiaban. Debido a ese odio, me vendieron como esclavo. Después, más adelante, me acusaron de haber hecho algo malo y me metieron en la cárcel durante más de dos años. ¡Mi vida fue un verdadero desastre!”.

Sin embargo, José nunca describió su vida de esa manera. Nunca acusó a sus hermanos o empezó a quejarse y a preguntarse dónde estaba Dios. En cambio, desde un trono del palacio, José resumió su vida con palabras de reconocimiento por la providencia y la bondad de Dios. Lo que tú y yo consideraríamos un desastre fue una obra maestra. Dios había dispuesto las circunstancias negativas y había orquestado divinamente sus propósitos no solo para la vida de José, sino también para la vida de todo un pueblo.

El proceso en la vida de José

Al igual que Isabel, José supo desde un principio que Dios tenía planes para él. Con diez hermanos mayores, José resultó ser el hijo preferido de su padre Jacob. Eso hizo que los hermanos tuvieran celos de él y lo odiaran. Su padre le había mandado hacer una túnica de vivos colores, pero no para sus hermanos; José era el hijo mimado de Jacob. El sentimiento de odio y envidia de sus hermanos se agravó cuando, un día, José les contó un sueño profético que había tenido; uno donde los hermanos (incluso sus padres) se inclinaban ante él. (¿Puedes imaginar el atrevimiento que tuvo al contarles ese sueño a sus hermanos mayores?).

Al parecer, para sus hermanos ese sueño fue la gota que colmó el vaso. Entonces tramaron deshacerse de él de una vez por todas. En una

2. Deuteronomio 32:4 (NVI) nos consuela con esta certidumbre: “Él es la Roca, sus obras son perfectas, y todos sus caminos son justos. Dios es fiel; no practica la injusticia. Él es recto y justo”.

tierra lejos del hogar, arrojaron a José a un pozo, lo vendieron como esclavo y después inventaron una historia sobre la desaparición de José para contarle a su padre. Mancharon su túnica de vivos colores con sangre de cabra y le mostraron la túnica a Jacob, para que así concluyera que un animal salvaje había matado a su hijo favorito.

A excepción de Jacob, que creyó que José estaba muerto, nadie extrañó a José después de venderlo como esclavo y que terminara en Egipto. Pero Dios estaba con él. José halló gracia delante de un hombre llamado Potifar, que era un oficial del faraón. Cuando Potifar vio que José prosperaba en todo lo que hacía, lo puso a cargo de todas sus posesiones. José gobernaba la casa y las propiedades de ese oficial con eficiencia e integridad, y el Señor bendecía todo lo que hacía.

Mientras tanto, la esposa de Potifar, que se sentía profundamente atraída por José, lo acosaba sexualmente día tras día. Él siempre se negaba hasta que, finalmente, le dijo que nunca podría acostarse con ella, por una cuestión de lealtad a su amo y a Dios. ¡Furiosa, la esposa de Potifar le tendió una trampa e hizo que lo arrestaran por querer violarla! José terminó otra vez en la cárcel tan solo por hacer *lo correcto*. ¡Qué mala suerte!

Cuando José estaba en la cárcel, un día interpretó los sueños del copero y del panadero. Ambos hombres habían servido al faraón, pero después los arrestaron y los metieron en la cárcel. El copero le había prometido a José que, cuando saliera, lo recomendaría por su capacidad de interpretar sueños. Pero después que lo liberaron, se olvidó de la promesa.

José permaneció en la cárcel dos años más. Un día, el faraón tuvo un sueño y ninguno de los magos y adivinos de Egipto pudo interpretarlo. Entonces, el copero recordó a José, y le contó al faraón sobre su capacidad de interpretar sueños. El faraón mandó llamar a José y estuvo tan complacido con la interpretación de su sueño que lo puso a cargo de todo Egipto, en segundo rango de autoridad después de él. Finalmente, debido a su trabajo en la supervisión del suministro de granos de Egipto y a su posición de autoridad como gobernador, José pudo salvar la vida de su padre, sus hermanos y sus familias, y muchos otros que, de otra manera, se hubieran muerto de hambre en Canaán.

Ahora bien, nada de eso hubiera sido posible si no lo hubieran vendido como esclavo y no lo hubieran metido en la cárcel. José pade-

ció años de injusticia y sufrimiento físico y real, además del estrés emocional inevitable producido por su injusto encarcelamiento. Sin embargo, de manera secreta, Dios estaba llevando a cabo un plan extraordinario para colocar a José en un lugar mucho más importante del que hubiera tenido si nunca hubiera dejado su tierra natal.

Y el legado de José —además de salvar la vida de miles de personas— quedó resumido en lo que les dijo a sus hermanos, años después, cuando volvieron a encontrarse cara a cara: “Vosotros pensasteis mal contra mí, mas Dios lo encaminó a bien, para hacer lo que vemos hoy, para mantener en vida a mucho pueblo” (Gn. 50:20). En vez de estar resentido por lo que le habían hecho, reconoció que Dios había usado la mala acción de sus hermanos, motivada por los celos y la ira, para que su vida sirviera para un propósito mucho mayor. José entendió que en su vida lo más importante no era su dicha, sino el plan de Dios.³ (Regresaremos a esta historia en el capítulo 8, cuando veamos en detalle el corazón de José al perdonar a quienes le habían hecho sufrir).

Ya sea que alguien te haya causado dolor de manera directa o que hayas sufrido de manera indirecta, Dios puede usar *tu* dolor para bien. ¿Es posible que esté formando tu carácter en medio de tu dolor y que además te esté preparando para un propósito más grande?

Cuando es difícil entender

A veces nos cuesta creer que haya un propósito más grande en nuestro dolor, porque no podemos ver ese propósito ni imaginar cuál podría ser. Pero nuestra incapacidad de ver o imaginar lo que Dios tiene en mente no significa que Él no esté obrando en nuestra situación.

José no podía ver ningún rayo de esperanza desde la celda de una prisión. No podía verse como alguien importante mientras estaba trabajando como un esclavo. Pero Dios vio su fidelidad en cada situación que vivió. Y mientras José esperaba en Dios y confiaba en Él, finalmente su recompensa llegó.

Mi amiga Cristal no podía ver lo “bueno” en la infidelidad de su esposo cuando apenas llevaban dos años de matrimonio. Se había casado con el hombre que pensaba que Dios quería para ella (aunque ahora, al mirar atrás, reconoce algunas señales de advertencia que

3. Esta historia se encuentra en Génesis 37, 39—50.

ignoró al comienzo de su relación). Ella esperaba haber tenido hijos con él y una vida feliz. En cambio, se había divorciado, no tenía hijos y estaba disconforme con su vida. Los primeros años, solo veía lo que estaba sufriendo como resultado del pecado de su ex esposo. Pero, finalmente, cuando Dios trabajó en el corazón de Cristal de tal manera que solo tuviera satisfacción en Él, hizo de ella una madre de dos hermosas hijas adoptadas; hijas que nunca hubiera conocido si su matrimonio original no se hubiera terminado.

Ahora bien, Dios no *provocó* que su esposo le fuera infiel, pero lo encaminó para su bien. Hoy, Cristal te puede decir que tiene una vida plena y completa con Cristo y sus bendiciones. Y los recuerdos, una vez dolorosos, de su esposo infiel ahora son parte de un pasado ya olvidado.

El Salmo 30:5 (NTV) declara: “El llanto podrá durar toda la noche, pero con la mañana llega la alegría”. Si todavía estás viviendo lo que parece una noche larga y oscura, la alegría *llegará* tan cierta como la mañana. En ese versículo de las Escrituras, Dios nos promete que la alegría, al igual que la mañana, es inevitable cuando le entregas tu dolor a Él.

A mí también me costó entender una situación difícil que Dios permitió en mi vida. No podía comprender que el divorcio de mis padres —cuando yo tenía diecinueve años— pudiera ser para mi bien o para el bien de otros. Debido a que crecí en la iglesia, y mis padres eran creyentes y servían en el ministerio, nunca imaginé que mi familia se desintegraría por los efectos del alcoholismo y años de problemas no resueltos. Una mañana de verano, en un campamento cristiano donde estaba colaborando voluntariamente como consejera de jóvenes, me senté sobre una enorme roca y le presenté mi inquietud a Dios hasta que Él me habló con claridad a través de su Palabra:

Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová. Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos, y mis pensamientos más que vuestros pensamientos (Is. 55:8-9).

Nunca antes la Palabra de Dios había hablado a lo profundo de mi corazón de manera tan clara. Me estaba negando a creer algo, porque

no lo podía comprender. Y Dios me estaba recalcando, a través de esos versículos de Isaías, que el solo hecho de no entender lo que estaba sucediendo no le impedía a Él encaminar *todo* para mi bien.

Básicamente, Dios me estaba diciendo: “Tengo mis razones por haber permitido eso. Y no es esencial que tú lo entiendas. Solo es esencial que *confíes en mí*”.

Hoy, hace casi treinta años que mis padres se divorciaron. Aunque todavía no lo entiendo, puedo decirte sinceramente que Dios lo ha usado para el bien de todos nosotros, incluso para el de mi padre, que entró de inmediato en un programa de recuperación para alcohólicos y, además de permanecer sobrio durante casi treinta años, tiene un eficaz ministerio para la recuperación de alcohólicos. Aquel día, sentada sobre la roca, fue un momento de cambio en mi vida porque aprendí a entregarle a Dios lo que no entendía. La lección de ese día me ha ayudado a superar muchas experiencias en mi vida desde entonces. Dios no *provocó* el divorcio de mis padres; así como no *provocó* el sufrimiento en *tu* vida. Pero lo usó para el bien de mi vida y la vida de otros miembros de mi familia.

¿Y tú?

¿Qué sufrimiento en tu vida te cuesta entender? ¿Una infancia triste? ¿Una ruptura dolorosa? ¿La infidelidad de tu esposo? ¿La incapacidad de tener hijos? ¿La pérdida de una amiga o de un empleo? ¿El ataque de una enfermedad o discapacidad? No es esencial que entiendas *por qué* estás sufriendo. Sin embargo, *es* esencial que *confíes* en Aquel que, por amor, está permitiendo el dolor. Si confías en la bondad, el amor y el propósito de Dios, que va más allá de lo que te está sucediendo, podrás crecer y transformarte en la mujer que Él está formando en ti.

A través de nuestras luchas somos fortalecidas, a través de nuestro dolor somos pulidas, y a través de nuestras dificultades podemos descubrir una intimidad más profunda con Dios. Eso mismo es lo bueno que Dios puede sacar de nuestro sufrimiento en la vida. Y a veces no podemos ver esos beneficios en el momento. La fortaleza y una intimidad más profunda con Dios son características que a veces no vemos en absoluto. Pero los demás sí. Y cuando aquellos que nos rodean ven los beneficios de nuestro dolor, podemos mirar atrás y decir: “¡Ajá! Después de todo, Dios *sí* sabía lo que estaba haciendo”.

¿Puedes confiar que todo lo que Dios ha permitido en tu vida hasta ahora está contribuyendo a un propósito superior y al designio divino de formarte a la imagen de Cristo?

Como ha expresado un escritor:

Ya que el pecado, la aflicción y el sufrimiento *existen*, no nos corresponde a nosotros decir que Dios se ha equivocado al permitirlos.

La aflicción quema una gran cantidad de superficialidad en una persona, pero no siempre la hace mejor. El sufrimiento me edifica o me destruye. No puedes conocerte en el éxito, porque el orgullo te hace perder la cabeza; tampoco en la monotonía de tu vida diaria, porque esta hace que te quejes. La única forma de conocerte es durante el fuego de la aflicción. Por qué debe ser así es otro asunto. Se trata de un hecho que es verdad tanto en las Escrituras como en la experiencia humana.⁴

Cuando sufres en tu vida, no es porque eres insignificante y Dios no te tiene en cuenta. No, amiga mía, todo lo contrario. Antes bien, Él tiene grandes planes para hacer a través de ti.

Desearía poder decir que mi dificultad para entender lo que Dios ha permitido en mi vida se ha limitado a la experiencia que tuve sobre esa roca cuando tenía diecinueve años. Pero varias veces, a lo largo de mi vida, me he cuestionado con respecto a lo que creo que hubiera sido mejor para mí en lugar de lo que Dios ha permitido. Hace poco volví a pasar por la misma experiencia. Estaba pensando en un aspecto de mi vida, que no era el que esperaba, y llegué a decir: “Dios, dejaría este ministerio y todo lo que hago hoy si pudiera tener *eso que siempre quise*”.

Aun, mientras decía esas palabras, me di cuenta de cuán egoístas eran. La intención de Dios para mi vida no es solo que sea feliz; sino que sea santa. No se trata ni siquiera de mi propósito o realización, sino de su gloria. Dios desea que dependa de Él por completo y que reconozca que no soy nada ni puedo hacer nada por mí misma. Y Él sabe que la única manera de que eso suceda es que siga dependiendo de Él en *eso*

4. Chambers, *En pos de lo supremo*, 25 de junio.

que siempre quise y le pedí en oración. Dios tiene propósitos que son mucho más altos que los míos. Y, sinceramente, cuando pienso en esa oración insensata, estoy muy agradecida de que Él los tenga.

Esa lección que aprendí hace casi treinta años, sentada sobre la roca, volvió a mi mente como si Dios estuviera reiterándome Isaías 55:8: “Cindi, si con una pequeña medida de dolor en tu vida puedo ayudarte a conocerme mejor y luego hacer que se lo cuentes a muchas otras personas, ¿no te parece que habrá valido la pena? ¿Vives para tu propia realización o para cumplir mis propósitos? *Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos, ni vuestros caminos mis caminos*”.

Humildemente, admití que Dios puede lograr mucho más con una pequeña medida de dolor, que con toda una vida llena de felicidad.

Ríndete a Él

No se trata realmente de mí... o de ti; sino de lo que decida hacer el soberano Dios del universo con una mujer que le diga: “que no se haga mi voluntad, sino la tuya. No mi bienestar, sino tu causa. No mi codicia, sino tu bondad. No mis deseos, sino tu gozo”.

¿Puedes ser una mujer que diga estas palabras, aun en medio del dolor que todavía podría persistir en tu corazón? ¿Puedes decirle “no mis planes, sino los tuyos, aunque me duela”?

Tal vez estés pensando: *No, Cindi, no pienso que pueda decirlo en este momento. El dolor es demasiado profundo y no quiero que me duela más.* Si ese es el caso, amiga mía, Jesús te entiende. Porque Él también conoce la experiencia de un profundo dolor y sufrimiento.

Momentos antes que lo arrestaran y lo ejecutaran, Jesús luchaba en oración con su Padre y decía: “¡Padre mío! *Si es posible, que pase de mí esta copa de sufrimiento.* Sin embargo, quiero que se haga tu voluntad, no la mía’... Entonces Jesús los dejó por segunda vez y oró: ‘Padre mío! Si no es posible que pase esta copa a menos que yo la beba, entonces hágase tu voluntad’” (Mt. 26:39, 42, NTV). Jesús estaba diciendo: “Padre, si hay *alguna otra manera* de liberar al ser humano del pecado, no permitas que pase por esto”. Sin embargo, después de ese pedido humano tuvo un piadoso acto de obediencia y rendición al decir: “Hágase tu voluntad”.

Jesús estaba pidiendo que, si era posible, Dios lo librara de la muerte en la cruz. Sin embargo, también sabía que su muerte inminente era la

provisión de Dios para la reconciliación de los pecados de la humanidad. Él sabía que rendirse a la voluntad de su Padre traería el perdón de los pecados a cada persona que tuviera fe en Jesucristo y lo aceptara como su Salvador. A fin de cuentas, Jesús deseaba agradar a su Padre, no salvar su propio pellejo.

Esa es la parte que realmente convenció mi corazón. Cada vez que he tratado de evitar el dolor o la pérdida de algo, mi vida no corría peligro. Sin embargo, Jesús estaba enfrentando la muerte cuando oró y dijo: “Quiero que se haga tu voluntad, no la mía”. Jesús reconocía que su sufrimiento y su muerte traerían la reconciliación entre Dios y la humanidad. Sabía que la eternidad, literalmente, estaba en juego.

Sin embargo, cuando yo oro: “Dios, te ruego que me libres de esto”, ¿quién soy yo para pensar que la eternidad no está en juego? La eternidad de alguien podría ser lo que corra peligro cuando tú o yo queremos evitar el dolor que Dios intenta usar en nuestra vida para tocar, sanar, consolar o ministrar a otra persona.

¡Cuántas veces quiero evitar mis propias lágrimas, mi propia incomodidad, mi propio orgullo o mi vergüenza en lugar de rendir mi vida entera para que Dios lleve a cabo sus propósitos!

Dios bien puede llevar a cabo sus propósitos sin nosotras... pero Él quiere que nos rindamos voluntariamente a Él para que podamos participar de lo que Él quiere lograr en y a través de nuestra vida. Así es como puedes ser partícipe voluntaria de los planes y propósitos que Él tiene para ti:

1. Da gracias a Dios en medio de tus circunstancias

En 1 Tesalonicenses 5:18 (NVI) dice: “den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús”. La voluntad de Dios —su propósito para ti— es que des gracias en *todas* las cosas... incluso en aquellas que todavía te duelen. Poder decir: “Gracias, Dios, aunque no lo entiendo” es un acto de obediencia y un ejercicio de fe. Y no hay una mejor manera de agradar a Dios, que por medio de tu obediencia y fe.⁵ ¿Puedes dar este enorme paso de rendición ahora mismo y darle gracias por cada momento doloroso

5. En 1 Samuel 15:22 dice: “el obedecer es mejor que los sacrificios” y Hebreos 11:6 nos dice que “sin fe es imposible agradar a Dios”.

que has atravesado, no porque te *sientes* agradecida, sino porque Dios te manda hacerlo?

2. Dile a Dios que estás dispuesta a crecer

Es maduro el creyente que reconoce de inmediato que los momentos de adversidad y dolor son una oportunidad de acercarse más a Dios y aprender las lecciones que Él quiere enseñarle. Cuando le dices que estás dispuesta a crecer, estás siendo dócil a la enseñanza con un corazón abierto a lo que Él quiere que aprendas. No todas las situaciones dolorosas de tu vida ocurren porque Dios quiere *enseñarte* algo, pero, sin duda alguna, Él puede *obrar* en cualquier situación dolorosa de tal modo que sirva para algo. Presta atención a la lección, si la hay, para no perderte la enseñanza. Y mantén un corazón blando, que sea moldeable a su mano.

3. Confía en el proceso

Esta es una frase que mi pastor y esposo me ha dicho desde los primeros años de nuestro matrimonio. Y a menudo lo escucho cuando se la repite a otros. Al parecer, José confió en el proceso porque permitió que Dios lo usara en cada situación que estaba viviendo, no importaba cuán dolorosa fuera. Después que lo vendieron como esclavo a Potifar, trabajó duro y se ganó el respeto de él, quien lo puso a cargo de toda su casa, la cual administró bien. Después, cuando lo metieron en la cárcel tras ser acusado falsamente, se ganó la confianza del guardia de la prisión, quien le dio autoridad para supervisar a todos los demás presos (Gn. 39:1-6, 19-23). Es probable que José no tuviera idea de que Dios lo estaba preparando para gobernar sobre todo Egipto cuando lo entrenó para gobernar sobre la casa y los criados de un hombre y luego sobre toda una prisión. Aunque en este momento no puedas ver nada bueno en tu situación, confía en el proceso que Dios está permitiendo que atraveses y que te preparará para algo más grande en el futuro.

Nuestra simple ofrenda

Así como Isabel sigue creyendo que nació para algo más, tú también lo puedes creer. Tal vez tu vida no es como la imaginabas, pero es exactamente como tu Padre celestial sabía que sería, y Él está esperando

que le rindas tu voluntad y tus heridas y que le digas: “Mi vida entera es tuya”. Cuando dices: “Quiero que se haga tu voluntad, no la mía”, estás reconociendo que Dios tiene el control de tu vida y que estás en sus manos. Y, aunque ahora no lo parezca, no hay mejor lugar donde puedas estar.

PASO #1 *Hacia la sanidad y la plenitud*

Comprende que tu dolor tiene una razón y un propósito,
y que los propósitos de Dios son mucho más
grandes y mejores que los tuyos.



DEJA QUE COMIENZE LA SANIDAD

Aquí decidirás si solo seguirás leyendo o permitirás que Dios sane tu corazón a través de las preguntas y los ejercicios que se encuentran al final de cada capítulo. Sé que necesitas un corazón sano. Entonces, deja que comience la sanidad.

1. Trata de completar un gráfico como el de la página 24, donde consideramos el sufrimiento y los posibles propósitos de Dios en la vida de Isabel. En la columna de la izquierda, enumera las heridas que todavía te duelen. En la columna de la derecha, escribe una breve oración donde reconozcas que Dios conoce tus heridas y donde le pidas que las use para tu bien. En el capítulo 10, te pediremos que vuelvas a hacer un gráfico como este y que lo completes con el propósito que crees que Dios te podría estar mostrando para cada una de tus heridas. Pero, por ahora, solo dale gracias por esto. Me adelanté y completé la primera parte para que pudieras ver cómo es.

36  Cuando una mujer supera las heridas de la vida

Dolor	Alabanza
Mis padres se divorciaron cuando yo tenía diecinueve años.	Te doy gracias porque tú lo sabes todo y no te tomó por sorpresa. Gracias porque durante ese tiempo me acerqué más a ti y aprendí a depender más de ti que de mis padres o mis circunstancias. Te doy gracias porque usaste eso como un momento de confirmación y crecimiento en mi relación contigo.

Ahora inténtalo tú:

Tu dolor	Tu ofrenda de alabanza

2. Busca los siguientes pasajes bíblicos y junto a cada referencia escribe una respuesta en oración a Aquel que todo lo sabe y que, incluso ahora, está obrando en y a través de tu vida.

Jeremías 29:11:

Romanos 8:28-29:

2 Corintios 4:17-18:



Una oración de entrega

Señor, te traigo las heridas de mi corazón y las pongo a tus pies. Esto no es lo que yo esperaba o quería en mi vida, pero reconozco que no me corresponde a mí tener el control y dirección de mi vida. Tú eres el Alfarero y yo soy una masa de arcilla en tus manos. Tú tienes tus razones, designios y propósitos. Aunque no entienda las razones, confío que tú obrarás y usarás estas heridas para hacer algo precioso en mi vida. Todavía no entiendo el propósito que puede haber en este dolor, pero sé que tú eres un Dios que harás lo que te plazca, y a ti te place hacerme más semejante a tu Hijo. Confiaré en el proceso. Y confiaré en ti.

